

Ágora

# El gato siamés

Consuelo Giménez Pardo <sup>1,\*</sup>

<sup>1</sup> Universidad de Alcalá, Secretaria Académica de la Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud; consuelo.gimenez@uah.es; ORCID <https://orcid.org/0000-0002-8206-1952>

\* Autor correspondencia: consuelo.gimenez@uah.es; ORCID <https://orcid.org/0000-0002-8206-1952>

DOI: <https://doi.org/10.37536/RIECS.2022.7.2.351>

Quedaba una silla vacía en medio de la cocina. La nevera abierta, el grifo goteando, la huella de tres pisadas. Una policía baja, flaca y ojerosa, abrió la portezuela para que saliera el gato, que no dejaba de husmear entre los restos de comida, mirando despectivamente, a veces, el cuerpo que yacía ya frío, boca abajo.

Esperaban al forense y afuera llovía.

El silencio se prolongaba, inmersos todos en la rutina de sus trabajos, y la sirena de la ambulancia relajó un ambiente que se volvía tenso por momentos. Por fin entraron los sanitarios y con ellos, una bocanada de aire fresco se llevó aquel olor dulzón moviendo la cortina de hilo blanco con pequeñas flores de lis. Entonces el viento ululó emitiendo su queja.

El forense llegó al momento mojado, con el gato ronroneando en brazos. Llevaba gafas redondas de pasta negra apenas sujetas en la nariz y entregó el animal a la policía flaca y ojerosa, quién lo sacó de nuevo de la estancia. El forense intercambió para sí unos susurros imperceptibles y comenzó la tarea con pericia obsesiva anotando sus impresiones de manera breve en una agenda verde, que no era especial por nada. Al rato llegó el juez molesto por las horas, por el tráfico y por la lluvia.

Sin decirlo todos imaginaban la noche que se les venía encima, una más, cuando el policía pecoso bajó las escaleras del adosado agitando una nota en la mano derecha, “parece un suicidio mi teniente”, dijo, y le extendió el trozo de papel. El teniente leyó la nota con avidez y se hizo el silencio en la estancia solo roto por las gotas de lluvia que repiqueteaban insistentemente en el alfeizar metálico de la ventana. El teniente leyó un “te quiero, pero sabes que así no puedo vivir contigo más” con demasiada melancolía. La policía flaca soltó, sin poderlo contener, un hipido y el ambiente de nuevo se tensó.

El forense, a la espera de los resultados de la autopsia que después haría, decretó que el deceso se había producido por un fallo cardiaco y casi al momento el juez dio orden de levantar el cadáver; el teniente dijo que la nota poco más aportaba que la historia de un desamor con abandono. Los sanitarios se llevaron, con esfuerzo, el cuerpo del hombre grueso a la morgue. Poco a poco los policías fueron recogiendo sus cosas y al final todos se marcharon. Seguía lloviendo. La policía ojerosa fue la última en salir. Cerró las ventanas y corrió las cortinas con mimo, tantas veces hecha la misma acción, no sin antes apagar todas las luces. Finalmente sacó las llaves de su bolso y cerró la puerta con cuidado, ya sabía que a veces la cerradura se atascaba durante el segundo giro. El gato la seguía enroscándose entre sus piernas y lo acarició con mimo, “lo siento por ti Molly, pero por fin podemos vivir tranquilas”, le dijo.

De camino al coche su último recuerdo fue para la casa en la que, a veces, había sido feliz. Y arrancó sin mirar atrás, camino de la comisaría.



© 2022 por los autores; Esta obra está sujeta a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.